

Cuentos extraños sin resolución
Selección: Andrés Neuman & Joaquín Mattos Omar

Colinas como elefantes blancos

Ernest Hemingway

Del otro lado del valle del Ebro, las colinas eran largas y blancas. De este lado no había sombra ni árboles y la estación se alzaba al rayo del sol, entre dos líneas de rieles. Junto a la pared de la estación caía la sombra tibia del edificio y una cortina de cuentas de bambú colgaba en el vano de la puerta del bar, para que no entraran las moscas. El norteamericano y la muchacha que iba con él tomaron asiento en una mesa a la sombra, fuera del edificio. Hacía mucho calor y el expreso de Barcelona llegaría en cuarenta minutos. Se detenía dos minutos en este entronque y luego seguía hacia Madrid.

–¿Qué tomamos? –preguntó la muchacha. Se había quitado el sombrero y lo había puesto sobre la mesa.

–Hace calor –dijo el hombre.

–Tomemos cerveza.

–Dos cervezas –dijo el hombre hacia la cortina.

–¿Grandes? –preguntó una mujer desde el umbral.

–Sí. Dos grandes.

La mujer trajo dos tarros de cerveza y dos portavasos de fieltro. Puso en la mesa los portavasos y los tarros y miró al hombre y a la muchacha. La muchacha miraba la hilera de colinas. Eran blancas bajo el sol y el campo estaba pardo y seco.

–Parecen elefantes blancos –dijo.

–Nunca he visto uno –el hombre bebió su cerveza.

–No, claro que no.

–Nada de claro –dijo el hombre–. Bien podría haberlo visto.

La muchacha miró la cortina de cuentas.

–Tiene algo pintado –dijo–. ¿Qué dice?

–Anís del Toro. Es una bebida.

–¿Podríamos probarla?

–Oiga –llamó el hombre a través de la cortina.

La mujer salió del bar.

–Cuatro reales.

–Queremos dos de Anís del Toro.

–¿Con agua?

–¿Lo quieres con agua?

–No sé –dijo la muchacha–. ¿Sabe bien con agua?

–No sabe mal.

–¿Los quieren con agua? –preguntó la mujer.

–Sí, con agua.

–Sabe a orozuz –dijo la muchacha y dejó el vaso.

–Así pasa con todo.

–Sí –dijo la muchacha–. Todo sabe a orozuz. Especialmente las cosas que uno ha esperado tanto tiempo, como el ajeno.

–Oh, basta ya.

–Tú empezaste –dijo la muchacha–. Yo me divertía. Pasaba un buen rato.

–Bien, tratemos de pasar un buen rato.

–De acuerdo. Yo trataba. Dije que las montañas parecían elefantes blancos. ¿No fue ocurrente?

–Fue ocurrente.

–Quise probar esta bebida. Eso es todo lo que hacemos, ¿no? ¿Mirar cosas y probar bebidas?

–Supongo.

La muchacha contempló las colinas.

–Son preciosas colinas –dijo–. En realidad no parecen elefantes blancos. Sólo me refería al color de su piel entre los árboles.

–¿Tomamos otro trago?

–De acuerdo.

El viento cálido empujaba contra la mesa la cortina de cuentas.

–La cerveza está buena y fresca –dijo el hombre.

–Es preciosa –dijo la muchacha.

–En realidad se trata de una operación muy sencilla, Jig –dijo el hombre–. En realidad no es una operación.

La muchacha miró el piso donde descansaban las patas de la mesa.

–Yo sé que no te va a afectar, Jig. En realidad no es nada. Sólo es para que entre el aire.

La muchacha no dijo nada.

–Yo iré contigo y estaré contigo todo el tiempo. Sólo dejan que entre el aire y luego todo es perfectamente natural.

–¿Y qué haremos después?

–Estaremos bien después. Igual que como estábamos.

–¿Qué te hace pensarlo?

–Eso es lo único que nos molesta. Es lo único que nos hace infelices.

La muchacha miró la cortina de cuentas, extendió la mano y tomó dos de las sartas.

–Y piensas que estaremos bien y seremos felices.

–Lo sé. No debes tener miedo. Conozco mucha gente que lo ha hecho.

–Yo también –dijo la muchacha–. Y después todos fueron tan felices.

–Bueno –dijo el hombre–, si no quieres no estás obligada. Yo no te obligaría si no quisieras. Pero sé que es perfectamente sencillo.

–¿Y tú de veras quieres?

–Pienso que es lo mejor. Pero no quiero que lo hagas si en realidad no quieres.

–Y si lo hago, ¿serás feliz y las cosas serán como eran y me querrás?

–Te quiero. Tú sabes que te quiero.

–Sí, pero si lo hago, ¿volverá a parecerte bonito que yo diga que las cosas son como elefantes blancos?

–Me encantará. Me encanta, pero en estos momentos no puedo disfrutarlo. Ya sabes cómo me pongo cuando me preocupo.

–Si lo hago, ¿nunca volverás a preocuparte?

–No me preocupará que lo hagas, porque es perfectamente sencillo.

–Entonces lo haré. Porque yo no me importo.

–¿Qué quieres decir?

–Yo no me importo.

–Bueno, pues a mí sí me importas.

–Ah, sí. Pero yo no me importo. Y lo haré y luego todo será magnífico.

–No quiero que lo hagas si te sientes así.

La muchacha se puso en pie y caminó hasta el extremo de la estación. Allá, del otro lado, había campos de grano y árboles a lo largo de las riberas del Ebro. Muy lejos, más allá del río, había montañas. La sombra de una nube cruzaba el campo de grano y la muchacha vio el río entre los árboles.

–Y podríamos tener todo esto –dijo–. Y podríamos tenerlo todo y cada día lo hacemos más imposible.

–¿Qué dijiste?

–Dije que podríamos tenerlo todo.

–Podemos tenerlo todo.

–No, no podemos.

–Podemos tener todo el mundo.

–No, no podemos.

–Podemos ir adondequiera.

–No, no podemos. Ya no es nuestro.

–Es nuestro.

–No, ya no. Y una vez que te lo quitan, nunca lo recobras.

–Pero no nos lo han quitado.

–Ya veremos tarde o temprano.

–Vuelve a la sombra –dijo él–. No debes sentirte así.

–No me siento de ningún modo –dijo la muchacha–. Nada más sé cosas.

–No quiero que hagas nada que no quieras hacer...

–Ni que no sea por mi bien –dijo ella–. Ya sé. ¿Tomamos otra cerveza?

–Bueno. Pero tienes que darte cuenta...

–Me doy cuenta –dijo la muchacha–. ¿No podríamos callarnos un poco?

Se sentaron a la mesa y la muchacha miró las colinas en el lado seco del valle y el hombre la miró a ella y miró la mesa.

–Tienes que darte cuenta –dijo– que no quiero que lo hagas si tú no quieres. Estoy perfectamente dispuesto a dar el paso si algo significa para ti.

–¿No significa nada para ti? Hallaríamos manera.

–Claro que significa. Pero no quiero a nadie más que a ti. No quiero que nadie se interponga. Y sé que es perfectamente sencillo.

–Sí, sabes que es perfectamente sencillo.

–Está bien que digas eso, pero en verdad lo sé.

–¿Querías hacer algo por mí?

–Yo haría cualquier cosa por ti.

–¿Querías por favor por favor por favor por favor callarte la boca?

Él no dijo nada y miró las maletas arrimadas a la pared de la estación. Tenían etiquetas de todos los hoteles donde habían pasado la noche.

–Pero no quiero que lo hagas –dijo–, no me importa en absoluto.

–Voy a gritar –dijo la muchacha.

La mujer salió de la cortina con dos tarros de cerveza y los puso en los húmedos portavasos de fieltro.

–El tren llega en cinco minutos –dijo.

–¿Qué dijo? –preguntó la muchacha.

–Que el tren llega en cinco minutos.

La muchacha dirigió a la mujer una vívida sonrisa de agradecimiento.

–Iré llevando las maletas al otro lado de la estación –dijo el hombre. Ella le sonrió.

–De acuerdo. Ven luego a que terminemos la cerveza.

Él recogió las dos pesadas maletas y las llevó, rodeando la estación, hasta las otras vías. Miró a la distancia pero no vio el tren. De regreso cruzó por el bar, donde la gente en espera del tren se hallaba bebiendo. Tomó un anís en la barra y miró a la gente. Todos esperaban razonablemente el tren. Salió atravesando la cortina de cuentas. La muchacha estaba sentada y le sonrió.

–¿Te sientes mejor? –preguntó él.

–Me siento muy bien –dijo ella–. No me pasa nada. Me siento muy bien.

El mar cambia

Ernest Hemingway

–Está bien –dijo el hombre–. ¿Qué decidiste?

–No –dijo la muchacha–. No puedo.

–¿Querrás decir que no quieres?

–No puedo. Eso es lo que quiero decir.

–No quieres.

–Bueno –dijo ella–. Arregla las cosas como quieras.

–No arreglo las cosas como quiero, pero, ¡por Dios que me gustaría hacerlo!

–Lo hiciste durante mucho tiempo.

Era temprano y no había nadie en el café, con excepción del cantinero y los dos jóvenes que se hallaban sentados en una mesa del rincón. Terminaba el verano y los dos estaban tostados por el sol, de modo que parecían fuera de lugar en París. La joven llevaba un vestido escocés de lana; su cutis era de un moreno suave; sus cabellos rubios y cortos crecían dejando al descubierto una hermosa frente. El hombre la miraba.

–¡La voy a matar! –dijo él.

–Por favor, no lo hagas –dijo ella. Tenía bellas manos y el hombre las miraba. Eran delgadas, morenas y muy hermosas.

–Lo voy a hacer. ¡Te juro por Dios que lo voy a hacer!

–No te va a hacer feliz.

–¿No podías haber caído en otra cosa? ¿No te podrías haber metido en un lío de otra naturaleza?

–Parece que no –dijo la joven–. ¿Qué vas a hacer ahora?

–Ya te lo he dicho.

–No; quiero decir, ¿qué vas a hacer, realmente?

–No sé –dijo él.

Ella lo miró y alargó una mano

–¡Pobre Phil! –dijo.

El hombre le miró las manos, pero no las tocó.

–No, gracias –declaró.

–¿No te hace ningún bien saber que lo lamento?

–No.

–¿Ni decirte cómo?

–Prefiero no saberlo.

–Te quiero mucho.

–Sí; y esto lo prueba.

–Lo siento –dijo ella–; si no lo entiendes ...

–Lo entiendo. Eso es lo malo. Lo entiendo.

–¿Sí? –preguntó ella–. ¿Y eso lo hace peor?

–Es claro. –La miró–. Lo entenderé siempre. Todos los días y todas las noches. Especialmente por la noche. Lo entenderé. No tienes necesidad de preocuparte.

–Lo siento...

–Si fuera un hombre...

–No digas eso. No podría ser un hombre. Tú lo sabes. ¿No tienes confianza en mí?

–¡Confiar en ti! Es gracioso. ¡Confiar en ti! Es realmente gracioso.

–Lo lamento. Parece que eso es todo lo que pudiera decir. Pero cuando nos entendemos, no vale la pena pretender que hacemos lo contrario.

–No, supongo que no.

–Volveré, si quieres.

–No; no quiero.

Después no dijeron nada por un largo rato.

–¿No crees que te quiero, no es cierto? –preguntó la joven.

–No hablemos de tonterías.

–Realmente, ¿no crees que te quiero?

–¿Por qué no lo pruebas?

–Haces mal en hablar así. Nunca me pediste que probara nada. No eres cortés.

–Eres una mujer extraña.

–Tú no. Eres un hombre magnífico y me destroza el corazón irme y dejarte...

–Tienes que hacerlo, por supuesto.

–Sí –dijo ella–. Tengo que hacerlo, y tú lo sabes.

Él no dijo nada. Ella lo miró y extendió la mano nuevamente. El cantinero se hallaba en el extremo opuesto del café. Tenía el rostro blanco y también era blanca su chaqueta. Conocía a los dos y pensaba que formaban una hermosa pareja. Había visto romper a muchas parejas y formarse nuevas parejas, que no eran ya tan hermosas. Pero no estaba pensando en eso, sino en un caballo. Un cuarto de hora más tarde podría enviar a alguien enfrente para saber si el caballo había ganado.

–¿No puedes ser bueno conmigo y dejarme ir? –preguntó la joven.

–¿Qué crees que voy a hacer?

Entraron dos personas y se dirigieron al mostrador.

–Sí, señor –dijo el cantinero y atendió a los clientes.

–¿Puedes perdonarme? ¿Cuándo lo supiste? –preguntó la muchacha.

–No.

–¿No crees que las cosas que tuvimos y que hicimos pueden influir en nuestra comprensión?

–"El vicio es un monstruo de tan horrible semblante" –dijo el joven con amargura– que... –No podía recordar las palabras–. No puedo recordar la frase –dijo.

–No digamos vicio. Eso no es muy cortés.

–Perversión –dijo él.

–¡James! –uno de los clientes se dirigió al cantinero–. Te ves muy bien.

–También usted se ve bien, señor –replicó al cantinero.

–¡Viejo James! –dijo el otro cliente–. Estás un poco más gordo.

–Es terrible la manera como uno se pone –contestó el cantinero.

–No dejes de poner el coñac, James –advirtió el primer cliente.

–No. Confíe usted en mí.

Los dos que se hallaban en el bar miraron a los que se encontraban en la mesa y después volvieron a mirar al cantinero. Por la posición en que se encontraban les resultaba más cómodo mirar al encargado del bar.

–Creo que sería mejor que no emplearas palabras como esa –dijo la muchacha–. No hay ninguna necesidad de decirlas.

–¿Cómo quieres que lo llame?

–No tienes necesidad de ponerle nombre.

–Así se llama.

–No –dijo ella–. Estamos hechos de toda clase de cosas. Debieras saberlo. Tú usaste muchas veces esa frase.

–No tienes necesidad de decirlo ahora.

–Lo digo porque así te lo vas a explicar mejor.

–Está bien –dijo él–. ¡Está bien!

–Dices que eso está muy mal. Lo sé; está muy mal. Pero volveré. Te he dicho que volveré. Y volveré en seguida.

–No; no lo harás.

–Volveré.

–No lo harás. A mí, por lo menos.

–Ya lo verás.

–Sí –dijo él–. Eso es lo infernal, que probablemente quieras volver.

–Por supuesto que lo voy a hacer.

–Ándate, entonces.

–¿Lo dices en serio? –No podía creerle, pero su voz sonaba feliz.

–¡Ándate! –dijo el hombre. Su voz le sonaba extraña. Estaba mirándola. Miraba la forma de su boca, la curva de sus mejillas y sus pómulos; sus ojos y la manera cómo crecía el cabello sobre su frente. Luego el borde de las orejas, que se veían bajo el pelo y el cuello.

–¿En serio? ¡Oh! ¡Eres bueno! ¡Eres demasiado bueno conmigo!

–Y cuando vuelvas me lo cuentas todo. –Su voz le sonaba muy extraña. No la reconocía. Ella lo miró rápidamente. Él se había decidido.

–¿Quieres que me vaya? –preguntó ella con seriedad.

–Sí –dijo él duramente–. En seguida. –Su voz no era la misma. Tenía la boca muy seca–. Ahora –dijo.

Ella se levantó y salió de prisa. No se volvió para mirarlo. Él no era el mismo hombre que antes de decirle que se fuera. Se levantó de la mesa, tomó los dos boletos de consumición y se dirigió al mostrador.

–Soy un hombre distinto, James –dijo al cantinero–. Ves en mí a un hombre completamente distinto

–Sí, señor –dijo James.

–El vicio –dijo el joven tostado– es algo muy extraño, James. –Miró hacia afuera. La

vio alejarse por la calle. Al mirarse al espejo vio que realmente era un hombre distinto. Los otros dos que se hallaban acodados en el mostrador del bar se hicieron a un lado para dejarle sitio.

–Tiene usted mucha razón, señor –declaró James.

Los otros dos se separaron un poco más de él, para que se sintiera cómodo. El joven se vio en el espejo que se hallaba detrás del mostrador.

–He dicho que soy un hombre distinto, James –dijo. Y al mirarse al espejo vio que era completamente cierto.

–Tiene usted muy buen aspecto, señor –dijo James–. Debe haber pasado un verano magnífico.

La insignia

Julio Ramón Ribeyro

Hasta ahora recuerdo aquella tarde en que al pasar por el malecón divisé en un pequeño basural un objeto brillante. Con una curiosidad muy explicable en mi temperamento de coleccionista, me agaché y después de recogerlo lo froté contra la manga de mi saco. Así pude observar que se trataba de una menuda insignia de plata, atravesada por unos signos que en ese momento me parecieron incomprensibles. Me la eché al bolsillo y, sin darle mayor importancia al asunto, regresé a mi casa. No puedo precisar cuánto tiempo estuvo guardada en aquel traje que usaba poco. Sólo recuerdo que en una oportunidad lo mandé a lavar y, con gran sorpresa mía, cuando el dependiente me lo devolvió limpio, me entregó una cajita, diciéndome: “Esto debe ser suyo, pues lo he encontrado en su bolsillo”.

Era, naturalmente, la insignia y este rescate inesperado me conmovió a tal extremo que decidí usarla.

Aquí empieza realmente el encadenamiento de sucesos extraños que me acontecieron. Lo primero fue un incidente que tuve en una librería de viejo. Me hallaba repasando añejas encuadernaciones cuando el patrón, que desde hacía rato me observaba desde el ángulo más oscuro de su librería, se me acercó y, con un tono de complicidad, entre guiños y muecas convencionales, me dijo: “Aquí tenemos libros de Feifer”. Yo lo quedé mirando intrigado porque no había preguntado por dicho autor, el cual, por lo demás, aunque mis conocimientos de literatura no son muy amplios, me era enteramente desconocido. Y acto seguido añadió: “Feifer estuvo en Pilsen”. Como yo no saliera de mi estupor, el librero terminó con un tono de revelación, de confidencia definitiva: “Debe usted saber que lo mataron. Sí, lo mataron de un bastonazo en la estación de Praga”. Y dicho esto se retiró hacia el ángulo de donde había surgido y permaneció en el más profundo silencio. Yo seguí revisando algunos volúmenes maquinalmente pero mi pensamiento se hallaba preocupado en las palabras enigmáticas del librero. Después de comprar un libro de mecánica salí, desconcertado, del negocio.

Durante algún tiempo estuve razonando sobre el significado de dicho incidente, pero como no pude solucionarlo acabé por olvidarme de él. Mas, pronto, un nuevo acontecimiento me alarmó sobremanera. Caminaba por una plaza de los suburbios cuando un hombre menudo, de faz hepática y angulosa, me abordó intempestivamente y antes de que yo pudiera reaccionar, me dejó una tarjeta entre las manos, desapareciendo sin pronunciar palabra. La tarjeta, en cartulina blanca, sólo tenía una dirección y una cita que rezaba: SEGUNDA SESIÓN: MARTES 4. Como es de suponer, el martes 4 me dirigí a la numeración indicada. Ya por los alrededores me encontré con varios sujetos extraños que merodeaban y que, por una coincidencia que me sorprendió, tenían una insignia igual a la mía. Me introduje en

el círculo y noté que todos me estrechaban la mano con gran familiaridad. En seguida ingresamos a la casa señalada y en una habitación grande tomamos asiento. Un señor de aspecto grave emergió tras un cortinaje y, desde un estrado, después de saludarnos, empezó a hablar interminablemente. No sé precisamente sobre qué versó la conferencia ni si aquello era efectivamente una conferencia. Los recuerdos de niñez anduvieron hilvanados con las más agudas especulaciones filosóficas, y a unas digresiones sobre el cultivo de la remolacha fue aplicado el mismo método expositivo que a la organización del Estado. Recuerdo que finalizó pintando unas rayas rojas en una pizarra, con una tiza que extrajo de su bolsillo.

Cuando hubo terminado, todos se levantaron y comenzaron a retirarse, comentando entusiasmados el buen éxito de la charla. Yo, por condescendencia, sumé mis elogios a los suyos, mas, en el momento en que me disponía a cruzar el umbral, el disertante me pasó la voz con una interjección, y al volverme me hizo una seña para que me acercara.

–Es usted nuevo, ¿verdad? –me interrogó, un poco desconfiado.

–Sí –respondí, después de vacilar un rato, pues me sorprendió que hubiera podido identificarme entre tanta concurrencia–. Tengo poco tiempo.

–¿Y quién lo introdujo?

Me acordé de la librería, con gran suerte de mi parte.

–Estaba en la librería de la calle Amargura, cuando el...

–¿Quién? ¿Martín?

–Sí, Martín.

–¡Ah, es un colaborador nuestro!

–Yo soy un viejo cliente suyo.

–¿Y de qué hablaron?

–Bueno... de Feifer.

–¿Qué le dijo?

–Que había estado en Pilsen. En verdad... yo no lo sabía.

–¿No lo sabía?

– No –repliqué con la mayor tranquilidad.

–¿Y no sabía tampoco que lo mataron de un bastonazo en la estación de Praga?

–Eso también me lo dijo.

–¡Ah, fue una cosa espantosa para nosotros!

–En efecto –confirmé– Fue una pérdida irreparable.

Mantuvimos una charla ambigua y ocasional, llena de confidencias imprevistas y de alusiones superficiales, como la que sostienen dos personas extrañas que viajan accidentalmente en el mismo asiento de un ómnibus. Recuerdo que mientras yo me afanaba en describirle mi operación de las amígdalas, él, con grandes gestos, proclamaba la belleza de los paisajes nórdicos. Por fin, antes de retirarme, me dio un encargo que no dejó de llamarme la atención.

–Tráigame en la próxima semana –dijo– una lista de todos los teléfonos que empiecen con 38.

Prometí cumplir lo ordenado y, antes del plazo concedido, concurrí con la lista.

–¡Admirable! –exclamó– Trabaja usted con rapidez ejemplar.

Desde aquel día cumplí una serie de encargos semejantes, de lo más extraños. Así, por ejemplo, tuve que conseguir una docena de papagayos a los que ni más volví a ver. Más tarde fui enviado a una ciudad de provincia a levantar un croquis del edificio municipal. Recuerdo que también me ocupé de arrojar cáscaras de plátano en la puerta de algunas residencias escrupulosamente señaladas, de escribir un artículo sobre los cuerpos celestes, que nunca vi publicado, de adiestrar a un menor en gestos parlamentarios, y aun de cumplir ciertas misiones confidenciales, como llevar cartas que jamás leí o espiar a mujeres exóticas que generalmente desaparecían sin dejar rastros.

De este modo, poco a poco, fui ganando cierta consideración. Al cabo de un año, en una ceremonia emocionante, fui elevado de rango. “Ha ascendido usted un grado”, me dijo el superior de nuestro círculo, abrazándome efusivamente. Tuve, entonces, que pronunciar una breve alocución, en la que me referí en términos vagos a nuestra tarea común, no obstante lo cual, fui aclamado con estrépito.

En mi casa, sin embargo, la situación era confusa. No comprendían mis desapariciones imprevistas, mis actos rodeados de misterio, y las veces que me interrogaron evadí las respuestas porque, en realidad, no encontraba una satisfactoria. Algunos parientes me recomendaron, incluso, que me hiciera revisar por un alienista, pues mi conducta no era precisamente la de un hombre sensato. Sobre todo, recuerdo haberlos intrigado mucho un día que me sorprendieron fabricando una gruesa de bigotes postizos pues había recibido dicho encargo de mi jefe.

Esta beligerancia doméstica no impidió que yo siguiera dedicándome, con una energía que ni yo mismo podría explicarme, a las labores de nuestra sociedad. Pronto fui relator, tesorero, adjunto de conferencias, asesor administrativo, y conforme me iba sumiendo en el seno de la organización aumentaba mi desconcierto, no sabiendo si me hallaba en una secta religiosa o en una agrupación de fabricantes de paños.

A los tres años me enviaron al extranjero. Fue un viaje de lo más intrigante. No tenía yo un céntimo; sin embargo, los barcos me brindaban sus camarotes, en los puertos había siempre alguien que me recibía y me prodigaba atenciones, y en los hoteles me obsequiaban sus comodidades sin exigirme nada. Así me vinculé con otros cofrades, aprendí lenguas foráneas, pronuncié conferencias, inauguré filiales a nuestra agrupación y vi cómo extendía la insignia de plata por todos los confines del continente. Cuando regresé, después de un año de intensa experiencia humana, estaba tan desconcertado como cuando ingresé a la librería de Martín.

Han pasado diez años. Por mis propios méritos he sido designado presidente. Uso una toga orlada de púrpura con la que aparezco en los grandes ceremoniales. Los afiliados me tratan de vucencia. Tengo una renta de cinco mil dólares, casas en los balnearios, sirvientes con librea que me respetan y me temen, y hasta una mujer encantadora que viene a mí por las noches sin que yo la llame. Y a pesar de todo esto, ahora, como el primer día y como siempre, vivo en la más absoluta ignorancia, y si alguien me preguntara cuál es el sentido de nuestra organización, yo no sabría qué responderle. A lo más, me limitaría a pintar rayas rojas en una pizarra negra, esperando confiado los resultados que produce en la mente humana toda explicación que se funda inexorablemente en la cábala.

El paseo repentino

Franz Kafka

Cuando por la noche uno parece haberse decidido terminantemente a quedarse en casa; se ha puesto una bata; después de la cena se ha sentado a la mesa iluminada, dispuesto a hacer aquel trabajo o a jugar aquel juego luego de terminado el cual habitualmente uno se va a dormir; cuando afuera el tiempo es tan malo que lo más natural es quedarse en casa; cuando uno ya ha pasado tan largo rato sentado tranquilo a la mesa que irse provocaría el asombro de todos; cuando ya la escalera está oscura y la puerta de calle trancada; y cuando entonces uno, a pesar de todo esto, presa de una repentina desazón, se cambia la bata; aparece en seguida vestido de calle; explica que tiene que salir, y además lo hace después de despedirse rápidamente; cuando uno cree haber dado a entender mayor o menor disgusto de acuerdo con la celeridad con que ha cerrado la casa dando un portazo; cuando en la calle uno se reencuentra, dueño de miembros que responden con una especial movilidad a esta libertad ya inesperada que uno les ha conseguido; cuando mediante esta sola decisión uno siente concentrada en sí toda la capacidad determinativa; cuando uno, otorgando al hecho una mayor importancia que la habitual, se da cuenta de que tiene más fuerza para provocar y soportar el más rápido cambio que necesidad de hacerlo, y cuando uno va así corriendo por las largas calles, entonces uno, por esa noche, se ha separado completamente de su familia, que se va escurriendo hacia la insustancialidad, mientras uno, completamente denso, negro de tan preciso, golpeándose los muslos por detrás, se yergue en su verdadera estatura.

Todo esto se intensifica aún más si a estas altas horas de la noche uno se dirige a casa de un amigo para saber cómo le va.

La fe

Quim Monzó

—Quizá es que no me quieres.

—Te quiero.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Lo siento. Lo noto.

—¿Cómo puedes estar seguro de que lo que notas es que me quieres y no otra cosa?

—Te quiero porque eres diferente de todas las mujeres que he conocido en mi vida. Te quiero como nunca he querido a nadie, y como nunca podré querer. Te quiero más que a mí mismo. Por ti daría la vida, me dejaría despellejar vivo, permitiría que jugasen con mis ojos como si fuesen canicas. Que me tirasen a un mar de sulfumán. Te quiero. Quiero cada pliegue de tu cuerpo. Me basta mirarte a los ojos para ser feliz. En tus pupilas me veo yo, pequeñito.

Ella mueve la cabeza, inquieta.

—¿Lo dices de verdad? Oh, Raúl, si supieses que me quieres de veras, que te puedo creer, que no te engañas sin saberlo y por lo tanto me engañas a mí... ¿De verdad me quieres

—Sí. Te quiero como nadie ha sido capaz de querer nunca. Te querría aunque me rechazaras, aunque no quisieras ni verme. Te querría en silencio, a escondidas. Esperaría que salieses del trabajo nada más que para verte de lejos. ¿Cómo es posible que dudes de que te quiera?

—¿Cómo quieres que no dude? ¿Qué prueba real tengo de que me quieres? Sí, tú dices que me quieres. Pero son palabras, y las palabras son convenciones. Yo sé que a ti te quiero mucho. Pero ¿cómo puedo tener la certeza de que tú me quieres a mí?

—Mirándome a los ojos. ¿No eres capaz de leer en ellos que te quiero de verdad?

Mírame a los ojos. ¿Crees que podrían engañarte? Me decepcionas.

—¿Te decepciono? No será mucho lo que me quieres si te decepcionas por tan poco. ¿Y todavía me preguntas por qué dudo de tu amor?

El hombre la mira a los ojos y le coge las manos.

—Te quiero. ¿Me oyes bien? Te quiero.

—Oh, «te quiero», «te quiero»... Es muy fácil decir «te quiero».

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me mate para demostrártelo?

—No seas melodramático. No me gusta nada ese tono. Pierdes la paciencia enseguida. Si me quisieras de verdad no la perderías tan fácilmente.

—Yo no pierdo nada. Sólo te pregunto una cosa: ¿qué te demostraría que te quiero?

—No soy yo la que tiene que decirlo. Tiene que salir de ti. Las cosas no son tan fáciles como parecen.—Hace una pausa. Contempla a Raúl y suspira—. A lo mejor tendría que creerte.

—¡Pues claro que tienes que creerme!

—Pero ¿por qué? ¿Qué me asegura que no me engañas o, incluso, que tú mismo estás convencido de que me quieres pero en el fondo, sin tú saberlo, no me quieres de verdad? Bien puede ser que te equivoques. No creo que vayas con mala fe. Creo que cuando dices que me quieres es porque lo crees. Pero ¿y si te equivocas? ¿Y si lo que sientes por mí no es amor sino afecto, o algo parecido? ¿Cómo sabes que es amor de verdad?

—Me aturdes.

—Perdona.

—Yo lo único que sé es que te quiero y tú me desconciertas con preguntas. Me hartas.

—Quizá es que no me quieres.

Navidad. Año nuevo. Lo que sea

Augusto Monterroso

Las tarjetas y regalos que año tras año envías y recibes o enviamos y recibimos con ese sentido más o menos tonto que te o nos domina, pero que paulatinamente a base de una interrelación de recuerdos y olvidos vas o vamos dejando de enviar o recibir, como, comparando, esos trenes que se cruzan a lo largo de la vía sin esperanza de verse nunca más; o mejor, ahora autocriticando, pues la comparación con los trenes no resulta buena ni mucho menos, toda vez que se necesita ser un tren muy estúpido para no esperar volverse a ver con los que se encuentra; entonces más bien como esos automovilistas de clase media que, por el simple hecho de serlo, cuando se desplazan en su automóvil se sienten como liberados de algo que si uno les pregunta no saben qué cosa sea, y que una vez, una sola vez en la vida, coinciden contigo frente a un semáforo en rojo, y con los cuales durante un instante cambias tontas miradas de inteligencia al mismo tiempo que disimulada pero significativamente te arreglas el cabello, o te acomodas el nudo de la corbata, o revisas tus aretes, o te quitas o te pones los anteojos, según creas que te ves mejor, bajo la melancólica sospecha o la optimista certidumbre de que nunca más los vas a volver a ver, pero no obstante viviendo ese brevísimo momento como si de él dependiera algo importante o no importante, o sea esos encuentros fortuitos, esas conjunciones, cómo calificarlas, en que nada sucede, en que nada requiere explicación ni se comprende o debe comprenderse, en que nada necesita ser aceptado o rechazado, ¡oh!

La migala

Juan José Arreola

La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye.

El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda de la feria callejera, me di cuenta de que la repulsiva alimaña era lo más atroz que podía depararme el destino. Peor que el desprecio y la conmiseración brillando de pronto en una clara mirada.

Unos días más tarde volví para comprar la migala, y el sorprendido saltimbanqui me dio algunos informes acerca de sus costumbres y su alimentación extraña. Entonces comprendí que tenía en las manos, de una vez por todas, la amenaza total, la máxima dosis de terror que mi espíritu podía soportar. Recuerdo mi paso tembloroso, vacilante, cuando de regreso a mi casa sentía el peso leve y denso de la araña, ese peso del cual podía descontar, con seguridad, el de la caja de madera en que la llevaba, como si fueran dos pesos totalmente diferentes: el de la madera inocente y el del impuro y ponzoñoso animal que tiraba de mí como un lastre definitivo. Dentro de aquella caja iba el infierno personal que instalaría en mi casa para destruir, para anular al otro, el descomunal infierno de los hombres.

La noche memorable en que solté a la migala en mi departamento y la vi correr como un cangrejo y ocultarse bajo un mueble, ha sido el principio de una vida indescriptible. Desde entonces, cada uno de los instantes de que dispongo ha sido recorrido por los pasos de la araña, que llena la casa con su presencia invisible.

Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante de la araña sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona.

Hay días en que pienso que la migala ha desaparecido, que se ha extraviado o que ha muerto. Pero no hago nada para comprobarlo. Dejo siempre que el azar me vuelva a poner frente a ella, al salir del baño, o mientras me desvisto para echarme en la cama. A veces el silencio de la noche me trae el eco de sus pasos, que he aprendido a oír, aunque sé que son imperceptibles.

Muchos días encuentro intacto el alimento que he dejado la víspera. Cuando desaparece, no sé si lo ha devorado la migala o algún otro inocente huésped de la

casa. He llegado a pensar también que acaso estoy siendo víctima de una superchería y que me hallo a merced de una falsa mígala. Tal vez el saltimbanqui me ha engañado, haciéndome pagar un alto precio por un inofensivo y repugnante escarabajo.

Pero en realidad esto no tiene importancia, porque yo he consagrado a la miigala con la certeza de mi muerte aplazada. En las horas más agudas del insomnio, cuando me pierdo en conjeturas y nada me tranquiliza, suele visitarme la mígala. Se pasea embrolladamente por el cuarto y trata de subir con torpeza a las paredes. Se detiene, levanta su cabeza y mueve los palpos. Parece husmear, agitada, un invisible compañero.

Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba en Beatriz y en su compañía imposible.

El postre

Andrés Neuman

Se ajustó por detrás el lazo del delantal y se alisó la falda. Sus manos subrayaron por un momento la forma de los muslos. Alzó una bandeja y se acercó a la mesa donde el cliente de la barba terminaba su almuerzo. Tenía buen apetito, el tipo de la barba. Había pedido un caldo, una ensalada de la casa, un filete de lomo con guarnición y una ración de croquetas. También había pedido dos veces que le llenaran la cestilla del pan. Ella se inclinó ligeramente y carraspeó. Él levantó la vista: el reflejo borroso de su rostro desapareció de la fuente vacía.

–¿Va a pedir alguna otra cosa, señor?

El tipo de la barba la miró con aire risueño.

–¿Usted cree que puedo tener más hambre?

–No sé, señor. No me pagan para interpretar las caras de los clientes, sino para tomarles nota. ¿Va a pedir alguna otra cosa?

–No, gracias, no puedo más.

–Muy bien. Le traigo la cuenta, entonces.

–¡Espere, señorita, espere! Creo que quiero un postre.

–¿Un postre?

El tipo de la barba miró hacia ambos lados y después se detuvo en su delantal.

–¿Por qué? ¿Tan raro le parece que pida un postre?

–¿A mí? Claro que no, señor –contestó ella recogiendo los platos en la bandeja.

–Entonces tráigame la carta de los postres, por favor.

Ella se marchó. Enseguida volvió con la misma carta que le había dado al principio. El tipo de la barba se demoró en su lectura como si se tratase de un intrincado texto. Sin proponérselo, ella empezó a doblar las rodillas y mover los pies descontroladamente. El tipo de la barba, que tenía manos grandes, seguía estudiando la carta.

–¿Sí...? –probó ella.

–Disculpa. No me decido.

Ella acusó el impacto del tuteo con mal disimulada violencia. Otro más. Ya empezaba. Se despejó la frente con dos dedos y miró al techo. Le dolían las piernas. Había sido un mediodía agotador y pegajoso, repleto de imbéciles y escaso de propinas. Cuando volvió a interrogar al tipo de la barba, vio que él le espiaba los tobillos. Ella levantó un zapato, como si pretendiera pisar esa mirada. Él se acarició la barba y sonrió con frescura, mordiéndose un costado del labio.

–¿Está seguro de que va a tomar postre?

–Niña, qué carácter. ¿Te pasa algo conmigo? ¿Nunca has visto a un cliente indeciso?

–No es eso. Es que...

–¿Es que qué?

–Nada, nada. Ahora vuelvo, ¿de acuerdo? –dijo ella separándose de la mesa.

–Dame tiempo, sólo eso –murmuró él.

Ella respondió que sí de espaldas. Dio unos cuantos pasos hacia la cocina y tuvo una intuición. Se volvió bruscamente. Al acercarse de nuevo a su mesa, se fijó por primera vez en su chaqueta: las mangas estaban desgastadas y uno de los bolsillos estaba mal cosido. Iba pulcro, era más bien atractivo, pero su ropa lo delataba. Se inclinó hacia él, notando cómo se soltaba inoportunamente alrededor de sus pechos.

–No tienes dinero, ¿verdad? –susurró ella.

La sonrisa del tipo de la barba pareció desencajarse. Enseguida recobró el aplomo.

–Creo que quiero un flan de la casa. Sin nata.

–¡No tienes! ¡No tienes dinero...! –confirmó ella irguiéndose con disgusto.

–Odio la nata. Desde niño. Qué asco.

Ella dio un paso atrás, como intentando enfocar mejor la mesa y el cliente.

–¿Se puede saber ahora cómo piensas pagar?

–¿Se puede saber ahora cómo piensas cobrarme?

Ella puso los brazos en jarra. Miró a su alrededor: nadie parecía estar prestándoles la menor atención. El jefe estaba en la cocina, si es que estaba.

–Puedo llamar a mi jefe.

–¡Ah!, puedes, puedes.

–No se haga el gracioso.

–Y tú no te hagas la seria, niña. Estábamos en que yo era *tú*, no *usted*.

Ella suspiró, dejando caer los brazos sobre las caderas.

–Mira, no me pongas en un compromiso. Paga con lo que tengas, habla con mi jefe o lo que sea. Pero no hagas una escenita, que estoy harta.

–¡Al contrario, al contrario! –exclamó él–. Dile al dueño que venga, yo lo espero aquí. Advértele que soy rapidísimo. Una pantera. Un karateka. Una serpiente cascabel. Y vas a ver cómo antes de que ese gordo inmundo me ponga las manos encima, yo lo he derribado y estoy sentado sobre su barriga obligándolo a que me fíe también mañana, y de paso vengándome de cómo te explota, que ya he visto que ni siquiera has comido. Haz la prueba, mi vida. Soy la pantera socialista. La serpiente romántica. Vamos. Llámalo.

Ella tardó unos segundos en reaccionar.

–Ay, me vas a dar la tarde.

–Y tú ya me la has dado, reina. Estás riquísima.

Ella agachó la cabeza y apretó la boca para disimular una risa. El tipo la miraba acariciándose la barba.

–Bea, me llamo Bea –dijo ella mostrándole los ojos.

Jingle bells

Andrés Neuman

A Pablo Rychter

Como frutos eléctricos, las bombillas del árbol se encienden y se apagan y cambian de color. Los pasillos del hospital están vacíos. En la cafetería quedan dos enfermeras en una mesa y un médico de guardia junto a la máquina de café. Me gusta una de las enfermeras. La que está sentada a la izquierda, la gorda. Mastica una tableta de chocolate y tiene las mejillas muy entonadas, como algunas bombillas del árbol, y una melenita corta que le deja la nuca descubierta. Le cuento las rayas del cuello: son tres. Me gusta la enfermera gorda. Su compañera, no: parece una radiografía con delantal. Las dos llevan el mismo atuendo, pero qué diferencia de estilo.

A mi café le falta azúcar, tendría que haber pulsado el botón *extra* pero me pareció excesivo, en los bares yo nunca le pongo demasiado azúcar al café, es como no pedir café. Todavía está demasiado caliente. Y no hay ninguna prisa. Mi mujer debe de estar durmiendo en casa, o por lo menos debe de llevar un buen rato fingiendo que ya duerme. Cuando llegue a casa, me desvista, me deslice entre las sábanas heladas y abra bien los ojos para ver manchas blancas y espirales de luz en la oscuridad, sé que notaré a mi lado un cuerpo ajeno que se revuelve suspirando y me da la espalda. Podría por ejemplo acercarme a la mesa de las enfermeras, de vez en cuando me miran, la gorda sobre todo. O si no bostezaría y soltaría un: Ah, ¿ya estás aquí?, me había quedado dormida, poniendo voz soñolienta y separando sus pies tibios de mis piernas peludas. El médico de guardia se ha sentado en una mesa y remueve su vasito con un tenedor de plástico. Miro hacia donde él mira y encuentro la calle sumergida en asfalto, sin nadie. El árbol de navidad va cambiando la cara del doctor, antes tenía la frente verde y roja, ahora se le ha puesto azul. Él intenta mirarme, desvío los ojos a tiempo. Aunque entonces yo podría hacer como otras noches y aferrarme a su espalda, posar el bigote en su nuca y empezar a bajar la mano, querida, ¿duermes?

Es difícil encontrar por aquí un café a estas horas, un día de semana. Parece como si a nadie se le ocurriera salir a la calle de madrugada, como si todo el mundo pudiese dormir a placer, sin culpa. A estas horas yo pagaría lo que fuera por un buen café. Esto que bebo no es un buen café, pero tampoco he pagado más que una moneda y la máquina me ha devuelto cambio. A la entrada del hospital he tenido que decir que buscaba al doctor Riquelme y que tenía que hablar con él urgentemente. ¿El doctor Riquelme?, dijo el tipo pensativo. Sí, soy su hermano, improvisé pasando junto a él y enfilando uno de los pasillos. Mi apellido es Riquelme, aunque no tengo hermanos y dudo que aquí trabaje algún Riquelme. Me dirigí hacia donde señalaba la flecha: *Urgencias*. Los pasillos estaban desiertos, pero yo sabía que detrás de cada puerta había varias camas con pacientes recién operados, dopados por la noche y la anestesia. El suelo era de un gris lechoso. A través de los cristales redondos de dos

puertas abatibles divisé la cafetería. No estaba anunciada por ningún cartel. Al entrar, la gorda y su compañera se volvieron para observarme. El médico de guardia llegó un poco después. Llevaba un estetoscopio en un bolsillo del delantal y, por un instante, me pareció que eran las vísceras de algún paciente.

He notado que la melamina de mi mesa huele a amoníaco. La higiene de los hospitales es la única higiene que pasa menos desapercibida que la propia suciedad que combate. ¿Olerán así los pechos inflados de mi gorda bajo su delantal? Debería marcharme, ya es tarde: está a punto de ser temprano. (El cuerpo de mi mujer ovillándose para evitar el roce áspero de mis rodillas, un codo asomado para delimitar los territorios.) Apenas se enfría un poco más el café, me lo bebo de un trago y me marchó. Parece que afuera se ha levantado viento, las cosas se arrastran y chocan entre sí. Aquí dentro todos estamos callados. Mi gorda tiene los ojos perdidos en las baldosas y el médico de guardia revisa su teléfono móvil. Es realmente tarde, pero me gusta el olor a amoníaco de las mesas y el destello de colores alternándose en las baldosas. Empieza a dolerme la cabeza, seguramente no se deba al amoníaco sino a las copas que me bebí hace un rato. Si me desmayase, ¿vendría a atenderme el doctor Riquelme?

Mi café ya no pasaba de tibio, así que he tenido que bebérmelo. Lo he hecho a la salud del médico de guardia, que acaba de marcharse sin levantar la vista del teléfono móvil. La compañera de la enfermera gorda no sabe qué hacer para mantener la conversación, y creo que de un momento a otro las dos van a levantarse. Si lo hacen yo podría seguir las, entrar con ellas en la habitación de algún paciente dolorido o con dificultades respiratorias. Podría esconderme tras la puerta y esperar a que se fueran para quedarme a solas con el enfermo e intentar entretenerlo, explicarle que mi mujer no tiene interés en dormir conmigo aunque me espere despierta. Él a su vez me contaría cómo tuvo el accidente o cuándo le perdió el miedo al quirófano, y entonces yo, como quien no quiere la cosa, le haría un par de preguntas sobre esa enfermera gorda que lo atiende. Él se reiría profiriendo una tos atascada. Me diría que tuviera cuidado con el asunto y, sobre todo, con los celos del doctor Riquelme.

Me vuelvo nuevamente hacia la mesa de las enfermeras: han desaparecido. Sobre la melamina de las mesas y el cristal de la máquina de café *–agotado cambio–* se graban, se disipan las bombillas del árbol de navidad. Cada vez es más temprano. Tengo los dedos impregnados de amoníaco. Juraría que oigo el gemir de los enfermos que no duermen. Ya no queda nadie aquí, así que no hay demasiadas dudas sobre quién debe ser el próximo en desaparecer.

Índice

Colinas como elefantes blancos. Ernest Hemingway.....	1
El mar cambia. Ernest Hemingway.....	7
La insignia. Julio Ramón Ribeyro.....	13
El paseo repentino. Franz Kafka.....	17
La fe. Quim Monzó.....	18
Navidad. Año nuevo. Lo que sea. Augusto Monterroso.....	20
La migala. Juan José Arreola.....	21
El postre. Andrés Neuman.....	23
Jingle bells. Andrés Neuman.....	26